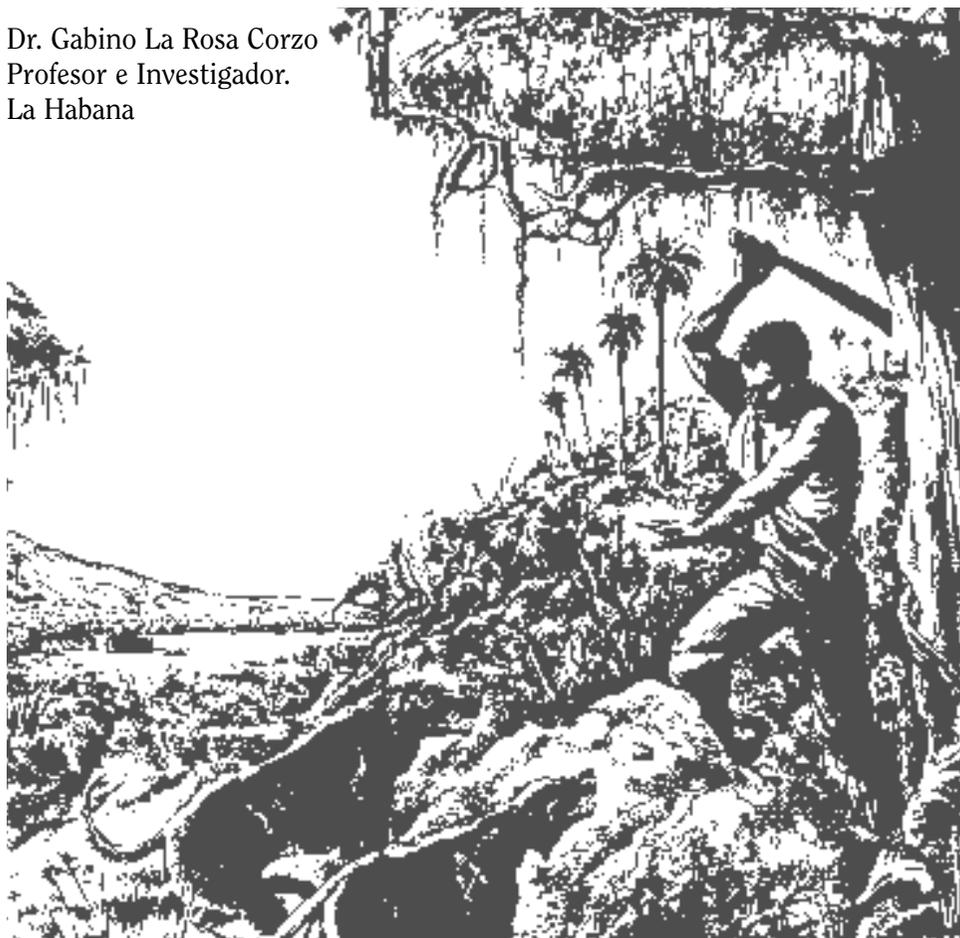


Los espacios de la resistencia esclava en Cuba

Dr. Gabino La Rosa Corzo
Profesor e Investigador.
La Habana



Desde mediados del siglo XX, las indagaciones encaminadas a desentrañar la historia de la esclavitud en América,

y en especial en el ámbito caribeño, se han acercado cada vez más a la reconstrucción etnohistórica del objeto de estudio, lo que ha

permitido penetrar en los móviles económico-sociales del proceso esclavista y en las consecuencias histórico-culturales del sistema; casi siempre con el interés de destacar la relevancia contemporánea de la cuestión.¹

Pero mucho se desconoce aún de la cultura y de los aportes de los grupos esclavizados, aunque la historiografía moderna ha reconocido que “a través de los discursos y las prácticas de la marginalidad y de la exclusión, se manifiestan las transformaciones fundamentales de las estructuras económicas, sociales e ideológicas”.²

Durante los últimos 10 años se ha avanzado mucho, sobre la base de la arqueología histórica fundamentalmente, en el conocimiento de las condiciones de vida de las masas esclavizadas y de los componentes africanos, como parte del estudio de las plantaciones esclavistas y del capitalismo industrial en América.

Sin embargo, se presenta un vacío historiográfico de cierto peso al trasladarse los estudios desde las plantaciones y haciendas esclavistas hacia las secretas y ocultas aldeas levantadas por comunidades de africanos y sus descendientes nacidos en América (quilombos o palenques); a pesar de que éstas, como expresiones de la resistencia esclava activa, caracterizan, en esencia, el espacio de los marginales en buena parte de las sociedades caribeñas.

Cuba, la mayor de las Antillas, donde la economía de plantación esclavista alcanzó su mayor desarrollo entre 1790 y 1860, y que fue uno de los últimos bastiones de la esclavitud y el colonialismo en el continente, atesora en sus archivos miles de documentos que permiten penetrar en el proceso histórico por el que atravesó la esclavitud del africano y sus descendientes en la isla, así como estudiar las diferentes vías por las cuales éste expresó su inconformidad, ya fuera de forma abierta y directa, mediante la conspiración o la rebelión, o en

forma de resistencia, como el apalencamiento, el cimarronaje individual o en grupos, e incluso de manera pasiva a través del aborto, el suicidio, la rotura de equipos y la resistencia al trabajo, entre otras.

Pero sucede que esta documentación puede ilustrar acerca de la frecuencia de las fugas, los lugares que sirvieron de refugio o asentamiento, el número de sus habitantes, los tipos de cultivos, el número de viviendas; pero no ilustra acerca de la vida cotidiana de estas comunidades. No nos brinda la posibilidad de acceder al conocimiento de la cultura material, a través de la cual se expresan las raíces africanas y el proceso de transculturación³ que debió producirse como reflejo de las variaciones ocurridas en la vida, conducta, conocimientos y hábitos de los grupos esclavizados, como consecuencia de su introducción en los territorios americanos.

Por esto, numerosos antropólogos han buscado en la arqueología histórica una vía de acceso a la comprensión de la cultura material del palenque, pues como sucede con toda documentación histórica, los documentos sobre los marginales emanaron del centro, en cambio, la cultura material de éstos se recreó en sus orígenes y respondió a la visión, misión y recursos propios. En este terreno se han destacado, entre otros, los estudios realizados en Estados Unidos, en República Dominicana, en Brasil, y en Cuba.⁴

Como una consecuencia inmediata de esta tendencia en los estudios antropológicos y arqueológicos americanos, desde la década de los años 80 del siglo XX la arqueología en Cuba ha desplegado importantes trabajos de terreno en la búsqueda de evidencias materiales, a través de las cuales se emprende la reconstrucción etnohistórica de las aldeas fundadas por los esclavos prófugos.

La plantación esclavista como espacio social histórico y los espacios marginales

La sociedad esclavista en la isla de Cuba, como en el resto de América, fue un fenómeno socio-espacial, no sólo porque distribuyó y explotó los espacios geográficos existentes, sino también porque creó y modificó los espacios, y construyó las relaciones sociales en ellos.

La producción de azúcar y café demandaba los mejores terrenos y a ellos se les dotó de funciones productivas y sociales específicas, mientras que se dejaban a un lado, hasta tanto la expansión productiva lo demandara, las grandes montañas y las zonas pantanosas como áreas marginales o de exclusión. Estos serían, precisamente, los espacios de los que dispondría temporalmente el esclavo prófugo, pero su uso estaría sujeto a numerosos factores. Veamos algunos de ellos.

Sobre la base de la amplia documentación histórica existente en la isla, fue posible establecer, inicialmente con carácter de hipótesis, la presencia de diferencias regionales en las formas de manifestarse la resistencia esclava. El trabajo de campo y el estudio de las evidencias materiales permitieron poner al descubierto que, efectivamente, en las zonas montañosas de la región oriental de la isla, predominó como forma principal de resistencia esclava el apalencamiento o edificación de aldeas ocultas, a pesar de que la cifra de población esclava en ella era inferior a la concentrada en la región occidental.

Esta última región, donde se reunían las mayores cifras de esclavos, contaba con una cordillera montañosa de poca altura y espacio físico reducido, denominada Alturas Habana-Matanzas, y con una estrecha franja de terreno pantanoso en la costa sur. Dada la alta concentración de plantaciones esclavistas en las llanuras occidentales, estas dos zonas constituían el único espacio marginal o vía de escape para los esclavos prófugos, pero aquí la construc-

ción de aldeas estables, en las que se cultivara y se restableciera la vida en comunidad, era una empresa de mucho riesgo, de ahí que lo que predominaba eran los escondites o refugios temporales en cuevas y abrigos rocosos.

Estas diferencias en las formas que adoptó la resistencia esclava determinaron variaciones en los sistemas de acoso y exterminio. Mientras en la región oriental se organizaban grandes expediciones durante dos o tres meses al año, con tropas de hasta 150 efectivos, en las zonas de la región Habana-Matanzas, la persecución descansó en pequeñas partidas de rancheadores de apenas seis integrantes que rastreaban de manera permanente el territorio.

Mediante el trabajo de campo se ha podido comprobar que en las zonas orientales fue frecuente la edificación de aldeas (palenques) en las laderas de las grandes montañas como recurso táctico defensivo. Los poblados cimarrones en Cuba, en sentido general, no fueron levantados ni en las cimas ni en las partes bajas o cuencas de arroyos. Lo primero los hubiera hecho visibles desde largas distancias y lo segundo habría sido un error táctico defensivo de primer orden. Por esto se seleccionaban las laderas y para hacer el espacio habitable se construían taludes artificiales en los que erigían sus ranchos y viviendas.

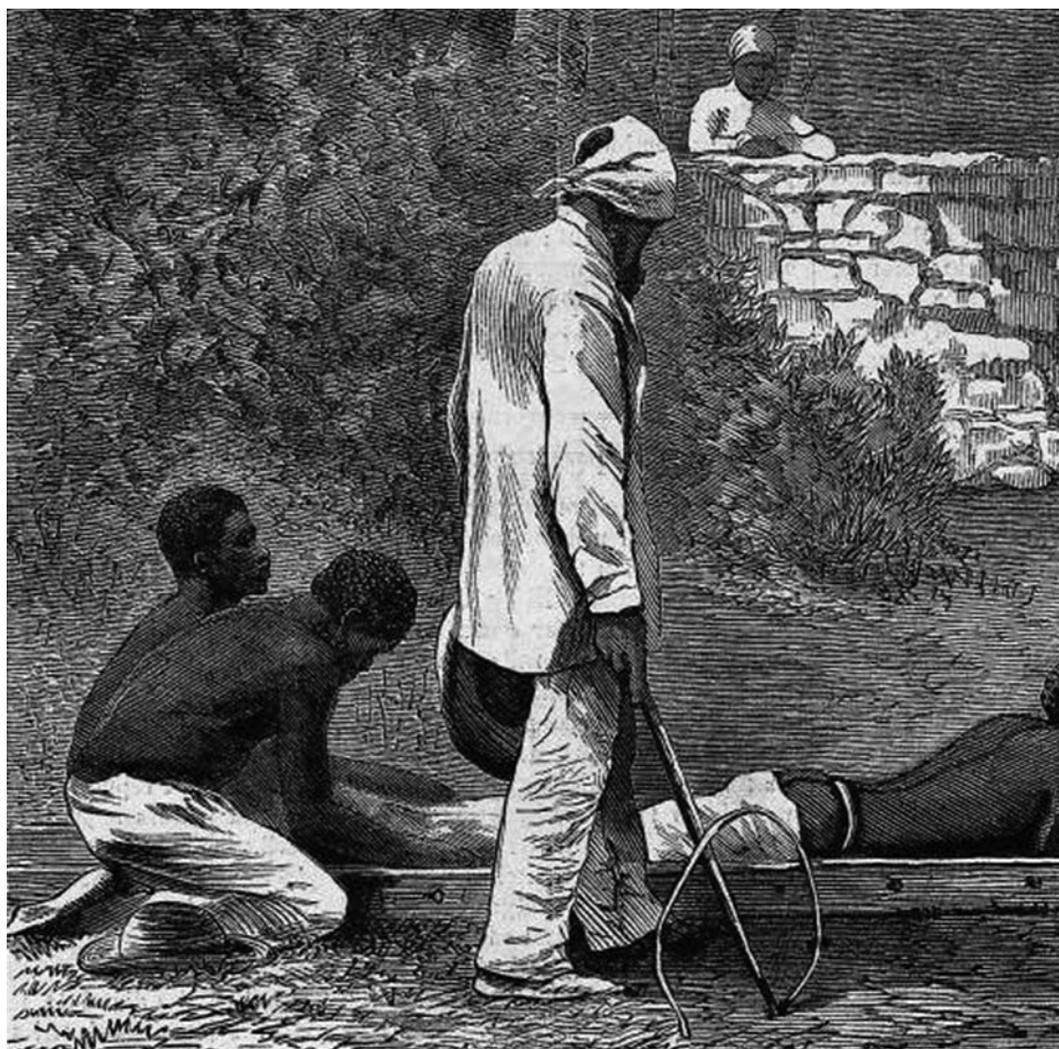
Las condiciones geográficas de las grandes montañas orientales y la ausencia de núcleos de población cercanos, propiciaron el desarrollo de esta forma particular de resistencia, que cobró características muy relevantes en la región estudiada. El lugar seleccionado por el esclavo fugado para asentarse debía reunir, ante todo, los requisitos más elementales para poder afrontar una subsistencia bajo constante acoso: *distancia*, se entiende como tal el mayor aislamiento posible de todo núcleo de población colonial, así como de cualquier vía de comunicación; *inaccesibilidad*, o sea, lugares de difícil acceso o poco

accesibles al transeúnte, campesino o montero, y con pocas probabilidades de ser descubierto; y “camuflaje”, un lugar que reuniese características topográficas y de vegetación que brindaran protección a la aldea. Estas tres condiciones, si bien pueden confundirse, responden en realidad a niveles espaciales diferentes, aunque relacionados entre sí.

Esta cuestión se pone de manifiesto a escala insular y permite explicar el hecho de que si bien el apalencamiento se produjo a lo largo de todo el territorio de la isla, fue pre-

cisamente en su región oriental donde cobró importancia, ya que era ésta la parte más favorecida por los tres requisitos enunciados anteriormente. Esto, desde luego, no operaba de forma independiente de otros factores como la presencia de grandes grupos de esclavos sometidos a una explotación intensiva, lo cual es en realidad la base de todo lo que se desencadena después.

En los años 1985, 1987 y 1993 se efectuaron expediciones a las Cuchillas del Toa, en la región oriental. Mediante los elementos apor-



tados por la tradición oral, la toponimia local y la presencia de evidencias de la cultura material de este tipo de asentamiento, se localizó el área que ocupó el palenque *Kalunga*.⁵ Como sus viviendas habían sido fabricadas cada una sobre un talud artificial, se pudo hacer su levantamiento topográfico y la reconstrucción de la parte del asentamiento en un plano. Se ubicaron las plantas de 14 de las 26 viviendas que tenía. La presencia de rudimentarios fogones de tres piedras en la parte baja de algunos de los taludes, y las diferentes dimensiones que

estos últimos tenían, prueban la existencia de habitaciones de diferentes tamaños, así como que se cocinaba en el exterior de las viviendas.

Otro de los planos, levantado por idénticos procedimientos, es el que corresponde al palenque *Todos Tenemos*. En este caso, también sirvió de base para el trabajo de terreno la descripción del asalto ofrecida por la partida que realizó la operación en el año 1848.

En los planos se evidencia la concentración de viviendas en un área relativamente reducida en un espacio de difícil acceso. Este es el rasgo distintivo fundamental de este tipo de asentamiento humano. De esta manera, cada palenque o aldea se integraba a una concepción espacial definida por la supervivencia acosada.

El apalencamiento, como forma de resistencia activa de los esclavos, representa, desde el punto de vista social, un nivel superior con relación al cimarronaje simple o cimarronaje en cuadrillas o bandas, ya que el apalencamiento significaba no sólo la evasión, la libertad y la unidad en pequeños grupos, sino también la posibilidad de vivir en comunidades, construir viviendas, procrear hijos y, en definitiva, reproducir la vida familiar.

Como este tipo de comunidad levantada a espaldas de la ley y acosada representaba una meta socialmente superior, este recurso demandaba de los asociados intereses y posibilidades que rebasaban los objetivos de los cimarrones. El apalencamiento, por su propia esencia como forma de resistencia esclava, implicaba el respeto de principios defensivos diferentes a los que regían para los simples fugados, así como el establecimiento de determinados recursos que le eran propios.

Un asentamiento que garantizara la vida en libertad de un grupo humano marginado y perseguido, en aquel espacio histórico insular, tenía necesariamente que fundamentarse en el desarrollo de una economía de subsistencia. Si



para el cimarrón simple o para la cuadrilla de cimarrones el no ser sorprendidos era muy importante, y de ahí su constante movilidad, para el apalencado esto cobraba una importancia primordial, toda vez que sus recursos se diferenciaban de los anteriores porque su interés era permanecer en el lugar seleccionado.

La experiencia acumulada con anterioridad a la fuga y el conocimiento adquirido en la vida de acoso continuo a la que fueron sometidos en Cuba, llevó a los apalencados a la constante búsqueda de las zonas más apartadas e inhóspitas. De esta manera el lugar seleccionado era primero un refugio aislado, y poco después un asentamiento que crecía en integrantes a medida que pasaba el tiempo y no era objeto de ataque. Así, los apalencados respetaron los principios más elementales de una subsistencia acosada. Por esto, basaron su supervivencia en el sedentarismo en zonas muy apartadas y de difícil acceso, y en el grado de ignorancia que acerca de su poblado tuvieran las autoridades locales.

En cambio, en la región occidental de la isla los espacios marginales de las plantaciones eran físicamente más reducidos y vulnerables. Por estos motivos, la forma de resistencia esclava principal en la región sería el cimarronaje y no el apalencamiento.

La documentación colonial de Cuba identificaba como *cimarrón simple* al esclavo rural prófugo cuya huida tenía carácter individual y temporal. Esta forma de resistencia fue un recurso muy utilizado por los esclavos para escapar de las duras jornadas laborales y de los crueles castigos que se les inferían. En este caso, el esclavo prófugo, generalmente con una visión muy local del lugar donde se encontraba y casi siempre carente de familiares o amigos en otros puntos, al practicar la fuga garantizaba de manera más efectiva su subsistencia si merodeaba por las inmediaciones de

las propiedades donde había sido explotado. El concepto cimarrón se aplicaba sólo a los esclavos fugados que deambulaban por los montes, fueran de la propiedad que fueran. Este fue uno de los problemas sociales que más ocupó a las autoridades coloniales.

Los cimarrones simples y cuadrillas de cimarrones, por basar su supervivencia en el robo y el trueque, se vieron obligados a moverse casi siempre en zonas relativamente cercanas a las haciendas o núcleos de población, y para reducir el riesgo que implicaba esto, recurrieron a una constante movilidad.

Tal es así, que de los 35 sitios arqueológicos relacionados con el cimarronaje localizados hasta el presente en las Alturas Habana-Matanzas, todos se corresponden con pequeños paraderos-refugios, siempre en abrigos rocosos y cuevas. Muchos se encuentran vinculados entre sí, con una función específica cada uno de ellos, dentro de las tácticas defensivas, pues existen escondites cercanos a las plantaciones que sirvieron de vigías, mientras que los restantes, de forma escalonada, ofrecían abrigo a un número cada vez mayor de individuos.

En el estudio de estos refugios se le prestó especial interés a la distribución espacial de las evidencias alimentarias, lo que muestra un patrón similar de conducta en todos ellos en cuanto a las fuentes, preparación y consumo de alimentos. Los fogones resultaron ser las áreas de los espacios domésticos más ricos en evidencias de todo tipo.

Se puede afirmar que como recursos alimenticios los cimarrones consumían aves, reptiles y mamíferos que eran obtenidos mediante la caza en las zonas boscosas. Sin embargo, en los refugios de las Alturas Habana-Matanzas predominan los restos de aves de corral, cerdos, vacas y caballos, los cuales eran hurtados en las plantaciones cercanas. Es

incuestionable que el carácter de subsistencia de la economía de estos marginales los llevó al uso indiscriminado de todo lo que sirviera de fuente de alimento, pues son varios los sitios en los que se han identificado restos de perros (*cannis familiaris*) en los fogones de estos refugios, con huellas evidentes de su consumo como alimento.⁶

El uso elevado de azúcar como recurso energético, fue un hábito adquirido por el esclavo en la plantación azucarera, lo que se evidencia en la abundancia de los restos de hormas de barro de las que se usaban para la fabricación de este producto en los ingenios, en los refugios de los cimarrones, sobre todo aquéllos que se encuentran cercanos a las plantaciones.

Los cimarrones y apalencados utilizaron todos los recursos materiales que podían obtener en las plantaciones, por lo que es común la presencia de restos de contenedores de líquidos, tales como botijas y damajuanas, y vasijas para la preparación de alimentos,

como ollas de hierro colado (trébedes) y ollas de barro. Altamente significativa ha resultado la comprobación de que los cimarrones refugiados en las Alturas Habana-Matanzas fabricaron útiles de barro, entre los que se encuentran cachimbas para fumar y ollas para cocer alimentos, algunas de las cuales fueron decoradas con motivos que recuerdan los diseños africanos.⁷

En fin, la arqueología brinda la posibilidad de reconstruir la cultura material de los refugios de los cimarrones y los palenques como espacio de la marginalidad y con ello completar la visión histórica de aquella sociedad. La historia social del Caribe se revelará en su plenitud en la misma medida en que incluya dentro de su objeto de estudio el espacio de los marginales, por cuanto en él subsistió una cultura con signos y funciones propios, que revelan las transformaciones más profundas que se producían en las sociedades de la América de las pasadas centurias y a las cuales no es ajena la América actual.

NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

1. Lockhart, J. and S. Schwartz. *Early Latin America: A History of Colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge University Press, London 1984; Klein, H. *African Slavery in Latin America and the Caribbean*. University Press, New York 1986; Stern, S. "Feudalism, Capitalism and the World System in the Perspective of Latin America and the Caribbean". *American Historical Review* 93, n.4 1988: 829-72.
2. Schmitt, J. C. La historia de los marginales. En: *La Historia y el oficio del historiador*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996: 255-281.
3. Utilizo el concepto transculturación en el mismo sentido que lo propusiera el etnólogo cubano Fernando Ortiz y aceptado por Bronislaw Malinowski al decir que transculturación "es un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe... en el que ambas partes resultan modificadas... en el cual emerge una nueva realidad compuesta y compleja... original e interdependiente..."
4. La Rosa, G. *Los palenques del oriente de Cuba*. Editorial Academia, La

- Habana 1992; _____ Rescate de Olórum (Estudio de arqueología afroamericana). *América Negra*, Bogotá, n. 12, 1996: 39-57; _____ La huella africana en el ajuar del cimarrón. Una contribución arqueológica. *El Caribe arqueológico*, Santiago de Cuba, n. 3, 1999: 109-115; _____ La Subsistencia del cimarrón: Estudio Arqueológico. Ponencia presentada en el 67th Annual Meeting de la SAA, Denver, Colorado. 2002
5. Este palenque fue asaltado el 9 de marzo de 1848 y se componía de 26 "casas" (A. N. C. Gobierno Superior Civil, Leg. 625, N. 19877). Durante el levantamiento topográfico se coleccionaron varias pipas de tabaco, restos de machetes, cuchillos, fragmentos de ollas de cerámica vidriada y se localizó un rústico pilón de madera.
 6. La Rosa, G. La Subsistencia del cimarrón: Estudio Arqueológico. Ponencia presentada en el 67th Annual Meeting de la SAA, Denver, Colorado. 2002
 7. La Rosa, G. La huella africana en el ajuar del cimarrón. Una contribución arqueológica. *El Caribe arqueológico*, Santiago de Cuba, n. 3, 1999:109-115.